

CAPITULO VIII.

LA FÉ Y LA GEOLOGÍA.

Podemos, pues, decir, que anterior y superior á la naturaleza, existe un Dios autor de ella. Es esta la única explicacion que puede darnos cuenta de la existencia y de la constitucion del hombre, del origen y de los fenómenos del mundo, de la nocion y de la certeza del deber. ¡Cuántas consideraciones podríamos añadir en corroboracion y como complemento de lo expuesto! Con haberles manifestado á los metafísicos que, siendo el mundo un efecto, debe existir una causa, la razon no ha agotado con mucho el caudal de

sus argumentos, puesto que puede decirles á los físicos: el mundo es un movimiento perenne, luego ha de existir un primer motor; y demostrarles á los matemáticos, que *el número actualmente infinito es imposible*, y que por consiguiente, ha habido un instante en el cual ha parecido sobre la tierra el primer hombre, y la tierra ha comenzado á girar en el espacio, ó ha empezado á existir: lo cual equivale á concluir por demostracion científica, con Cauchy, que la materia no es etern.

Mas una vez establecido el dogma y el hecho de la creacion, cada uno de los grados de la naturaleza creada nos ofrece dogmas y hechos correlativos ó corolarios de éste que justificar. Desde luego, descendiendo de Dios á su obra, nuestro estudio deberia fijarse lógicamente en el firmamento que encierra la multitud de mundos que componen el universo, del cual la tierra no es más que un fragmento casi imperceptible. Con ello, además, observariamos el orden señalado á la operacion divina por medio de estas palabras reveladas: *Al principio creó Dios el CIELO y la TIERRA.* Mas el suelo que nos sirve de morada y que es el teatro de nuestras observaciones, ¿no merece ser conocido ántes que todo lo demás? Para saber más exactamente lo

que pasa sobre nuestras cabezas, ¿no vale más averiguar lo que se realiza debajo de nuestros pies? Por nuestra parte así lo hemos creído, y este sacrificio del orden teórico á la certeza práctica, es lo que nos obliga á refutar, con preferencia á todas las demás, las objeciones que nacen de la geología.

Tiene esta por objeto explicar las transformaciones diversas que la tierra ha experimentado, desde los primeros momentos de su existencia hasta nuestros días, y por consiguiente, el origen de nuestro globo, su estructura, las diferentes capas y venas minerales que forman su corteza: en una palabra, la anatomía de su inmenso esqueleto, sin contar el estudio de las especies animales y vegetales que yacen sepultadas en su seno. Sin embargo, esa población grandiosa de plantas y de animales que resurge al presente de sus profundas catacumbas, para componer la flora y la fauna del antiguo mundo, pertenece más directamente á la ciencia de los fósiles, ó sea la paleontología.

De cuantas ciencias se conocen, es la geología una de las más modernas. Data su existencia de los primeros años del presente siglo, y por consiguiente, no puede decirse que esté completamente formada. En 1806 contábanse ya

más de ochenta sistemas, relativos á la tierra, más ó menos hostiles á la fé. De todos ellos no ha quedado en pié uno solo, la misma ciencia se ha encargado de barrer sus fantásticas imaginaciones. En su estado de infancia, la geología anda como los niños, es decir, experimentando frecuentes caídas, bamboleándose continuamente, adelantando algunas veces. Léjos de nosotros el intento de negar su progreso, como justa represalia á sus frecuentes errores, sin embargo, no podemos ménos que recordarle que es de todas las ciencias la que debería presentarse con más modestia y circunspeccion.

Si, ninguna en tan breve tiempo cuenta con un pasivo más considerable de ideas falsas y de ridículas invenciones. Por esto, cuando se lanza á inducciones antireligiosas, en lugar de contestarle es preferible dejarla decir, y esperar. «Todos sus sistemas, dice un sabio ilustre, se han levantado unos al lado de otros, parecidos á las movibles columnas del desierto, avanzando en frente de batalla; pero, como ellas, no eran más que arena (1).» No rechacemos, sin embargo, los descubrimientos de la geología positiva,

porque nos inspire legítima desconfianza la geología conjetural. Lo que ha complicado la cuestión entre la geología y la fé, consiste, por un lado, en la fatuidad agresiva y precipitada de la primera, y por otro, en la oposición destituida de inteligencia de los representantes de la segunda: de manera, que el antagonismo no existe entre la ciencia y la teología; sino entre los sabios y los teólogos.

Y se comprende perfectamente: el antagonismo real es imposible cuando no hay empeño en aver en la Biblia lo que Dios no ha querido haber de ella, esto es, una especie de manual inspirado de todas las ciencias. Por esto no vacilamos en consignar que sólo gratuitamente ha podido llamarse cosmogonía á la narración de Moisés. Propiamente hablando, solo trata de geogonía, pues solo se ocupa en los demás globos que forman parte de los cosmos, cuando trata de sus relaciones con la tierra. En segundo lugar, Moisés cuenta únicamente del nacimiento y formación de la tierra, aquello que indispensablemente ha menester para que sirva de base y sosten á la revelación dogmática que se propone. Por consiguiente, todas las curiosidades de lo porvenir relativas á lo interior de nuestro planeta, á la composición de sus tierras, á la

clasificación de sus especies vegetales ó animales, aun cuando pudo indublemente satisfacerlas el historiador sagrado, no quiso hacerlo; en primer lugar, porque no entraba en su propósito erigirse en profesor de botánica y de zoología de las generaciones futuras, y después porque su obra resultaba completa, á pesar de las enumeraciones científicamente incompletas, cuando por medio de ella, hubo transmitido á los hombres las verdades de que Dios le había encargado en su favor.

Finalmente, descarguemos á la Biblia de las responsabilidades indebidas que le imponen ciertas locuciones llamadas antropomorfismos, que comunican analógicamente á la acción divina ciertos caracteres que son propios de la acción humana. Por ejemplo, Dios, antes de emprender cada una de las creaciones dirige á sí propio la palabra; que certifica el hecho, no debe entenderse que certifique el orden ó el modo de esas diversas creaciones. Habiendo Dios terminado sus obras *vé que son buenas*. Esto no expresa en manera alguna el movimiento de un artista humano que al dar por terminado su trabajo, contéplalo una vez más con el propósito de gozarse en su admiración, sino la comprobación de un Creador divino que presenta su obra á los siglos

futuros como la realización adecuada de su idea.

Por otra parte ¡Dios se arrepiente de haber hecho al hombre! Esta palabra no supone un cambio en la voluntad del eterno Padre, sino un pesar, una herida inferida á sus sentimientos paternales. Despojada de esta suerte de sus formas metafóricas, de toda su superfetación de exegesis, y del aparato de los sistemas, la fé nos parecerá ménos obscura, que la geología.

¡Ah! si Roma impusiera bajo pena de heregía, todas las opiniones aceptadas por el Instituto, relativamente á los fenómenos de mineralización y fosilización realizados en nuestro suelo desde el período siluriano hasta el período plioceno, ¿cómo se sublevaría el Instituto contra Roma! Pues bien; la Iglesia es más justa respecto del Instituto. Acoje con favor las imaginaciones más romancescas de la ciencia, con tal que esta no las erija en artículos de fé contra la fé. Detiénese con fruición ánte el cuadro ideal que representa sus paisajes antediluvianos, siquiera sepa que distan mucho de encerrar la exactitud de las reproducciones fotográficas, y concede finalmente á la geología toda suerte de consideraciones, en lo cual, por cierto, no se ve por esta correspondida; no la combate como no sea para defenderse de sus ataques.

No es pues nuestro objeto poner patente que exista entre ellas la concordia, sino demostrar que debería existir y que existirá, en cuanto se decidan á transigir sus mútuas prevenciones los campeones de la verdad y de los de la ciencia. Por lo demás, podemos exhibir los preliminares para la paz firmados por la misma ciencia.

«Durante mucho tiempo, el estudio de la geología háse considerado peligroso para la instrucción de la juventud, hasta tal punto, que podríamos citar un gran país de Europa, en el cual estaba prohibida, por anti-religiosa, la enseñanza pública de dicha ciencia. Estos temores ó aprensiones eran caso legítimos cuando reinaba y dominaba en la geología la idea, al presente considerada errónea, de las revoluciones generales y de los cataclismos continuos del globo.... Hoy sabemos á qué atenernos respecto de este sistema de explicación. No cabe duda que nuestro globo ha sido teatro de frecuentes catástrofes; su corteza sólida háse visto desgarrada por mil partes distintas, resultando de ello aberturas y grietas al través de las cuales, merced á las erupciones, han brotado á la superficie las materias contenidas en el interior.

Esos grandes movimientos han conmovido el suelo, anegado los continentes, abierto valles

profundos y hecho brotar montañas elevadísimas; mas todos esos fenómenos, no obstante su poderosa y terrible intensidad, no podían alcanzar á todos los extremos del globo y destruir en consecuencia los seres que vivían en su superficie. . . . No, Dios no creó especies orgánicas para anonadar cada vez y con su mano, su propia obra. Sería juzgar muy mal de la majestad de sus designios; sería apreciar malísimamente la alteza de sus propósitos, respecto de la disposición de la naturaleza, el subordinarlos á esas alternativas continuadas, á esos pasos adelante y atrás. Las especies orgánicas murieron de muerte natural, según se dice en el lenguaje vulgar.

Las razas deben morir como mueren los individuos, así lo tiene decidido, y en virtud de un plan sabiamente ordenado, los seres que han vivido durante cierto tiempo en el globo, han cedido su puesto á otros frecuentemente más perfeccionados.

... Otro acuerdo importante de la geología y de la revelación bíblica ha quedado fuera de duda merced á trabajos últimamente realizados: nos referimos á la cuestión de la existencia de la raza humana en la época del gran diluvio del Asia, occidental. Durante mucho tiempo se creyó poder batir en brecha el relato de Moisés,

relativo el diluvio de Noé, alegando que el hombre no apareció sobre la tierra, hasta después del gran sacudimiento geológico que produjo la inundación de las comarcas situadas al pié de la larga cordillera del Cáucaso. Los descubrimientos llevados últimamente á cabo por diversos geólogos y especialmente por M. M. Boucher de Perthe y Carlos Lyell, han dejado fuera de duda la existencia del hombre en esta época, demostrando que la tierra estaba habitada por la raza humana antes del diluvio asiático, y verificado por consiguiente la narración del historiador sagrado (1).»

Tal es la manera como la geología emplea en provecho de la fé las armas que forjara contra ella. En un principio el hueso maxilar descubierto en Moulin-Quignon, y los instrumentos de piedra pulimentada ó abriantada hallados en ciertas cavernas establecían, según la ciencia, la existencia de generaciones preadamitas, lo que parecía inquietante para la fé. Hoy, esas mismas reliquias arqueológicas sólo prueban la existencia del hombre antes del diluvio mosaico, lo que es ventajoso para la fé. Aprovechémonos

1 Luis Figuier, La tierra antes del diluvio,

de esta conclusion sin darnos por esto por satisfechos. Es indispensable un debate más formal, para resolver la cuestion, por demás complicada, que se ha suscitado entre la geología y el cristianismo. Vamos pues á demostrar con las pruebas en la mano, que la ciencia de Dios no ha experimentado ni experimentará jamás ninguna denegacion de la ciencia de la tierra; ora considere la tierra en su *formacion*, ora juzgue en sus *transformaciones*.

I.

¿De qué manera comenzó la tierra? ¿Fue por los esplendores de la juventud como Adán? ¿Fue por el sucesivo desenvolvimiento de un dilatado crecimiento? Libre es cada cual de creer lo que mejor le parezca, con tal que respete la integridad de estas palabras divinas: *Al principio pio creó Dios el cielo y la tierra.* El estado primitivo de la materia creada es difícil de determinar. Por esto no hay prescripcion alguna que obligue á creer que Dios ha dado el ser á un

mucho adulto. Acaso la omnipotencia creadora brilla más esplendorosa en la hipótesis de una materia producida en estado simple y perfeccionada ulteriormente por las leyes que accionan incesantemente. Esta opinion, dice el P. Pianciani en su *Cosmogonia natural comparada con el Génesis*, en nada disminuye la accion del Creador; ántes bien, nos enseña de una manera más elocuente, la sabiduría que imprimió á las moléculas movimientos tan perfectamente dispuestos, que de ellos debian resultar los innumerales efectos relativos á la formacion y conservacion de los mundos, lo mismo en el pasado más remoto, que en el transcurso de los siglos venideros. *Omnia insamesura et numero et pietate disposuisti (?)*.

De manera que, segun lo dicho, la fé no tiene por qué alarmarse del sistema de geología llamado atomismo. Podemos imaginar el universo compuesto en un principio de los elementos actualmente conocidos; bien que sin haberse reunido aún en fuerza de la cohesion ó de la atraccion química. Esas partículas diseminadas en el espacio no eran en manera alguna el caos de los

paganos, puesto que el desorden solo era aparente; por lo mismo que la materia que le constituía, estaba dotada de la energía plástica de la cual debía resultar el mundo. Dados estos antecedentes, la primera materia del universo solo ha podido estar formada por un conjunto inmenso de átomos. Los que no pertenecían á nuestro sistema solar, agregáronse en fuerza de las mismas leyes que los de la tierra. Además de la atracción universal, han desempeñado en tales transformaciones un papel importantísimo las afinidades moleculares, resultando de ese trabajo rudimentario, el embrion destinado á ser un día la tierra.

Esto se enseña en Roma, en presencia, y hasta podríamos decir bajo la protección del pontificado, si el pontificado se decidiera á favor de determinados sistemas. Es decir, pues, que hasta el atomismo deísta alcanza gracia á los ojos de la ortodoxia, que tolera cuantas opiniones se formulan, con tal, sin embargo, de que no se propongan destruirla ó siquiera monopolizarla en provecho propio. Por lo demás, no debe sorprendernos esta amplitud de apreciación practicada por la Iglesia. Así como no puede admitirse la doctrina de los átomos que nacidos sin creador, actúan sin ordenador, según enseña el

materialismo; las moléculas producidas y agregadas por un poder y una providencia infinitas, entran en el orden de lo posible. Hasta podría decirse que esta suposición facilita al vulgo la creencia en la creación. Para los espíritus poco metafísicos, é incapaces por tanto, de comprender que de la nada al ser, media una distancia incommensurable, cualquiera que sea la cantidad de las seres creados, es más aceptable la producción de los átomos que la de los mundos. Y sin embargo, idéntico poder exige la realización de cualquiera de esas dos operaciones. ¡Qué son, en último resultado, los mundos sino átomos de lo infinito, ya que los átomos son los mundos del microscópico.

Para nada tiene, pues, por qué meterse la fe con la geología del atomismo, de esta suerte entendido. ¿Corre algún riesgo de parte del platonismo? En manera alguna, y nos lo demostrará perfectamente una exposición detenida de esta hipótesis que goza hoy gran predicamento. Redúcese, en último resultado, á considerar la tierra como un sol apagado, una estrella enfriada, en suma, una nebulosa que del estado gaseoso ha pasado al estado sólido. Dada esta hipótesis, es indispensable representarse nuestro planeta, en sus primeros momentos como un globo in-

candesciente, y que brillaba con la misma intensidad que Vénus y Júpiter: y como las substancias en el estado gaseoso ocupan un volumen mil ochocientas veces mayor que cuando se nos ofrecen bajo la forma sólida, hay motivos poderosos para sostener que entonces la tierra tenía dimensiones incomparablemente mayores que en nuestro tiempo (1).

Entre tanto esta masa gaseosa cedia gradualmente una parte de su calor á las regiones heladas del espacio interplanetario donde trazaba su surco luminoso. A consecuencia de ese enfriamiento, continuado durante innumerables siglos, el astro primitivamente vaporoso llegó al estado líquido y disminuyó de volumen. Todo cuerpo líquido manteniendo en estado de rotación, toma la forma esférica, hinchándose hacia su centro y achatándose hacia sus polos: de aquí las causas de la figura que actualmente ofrece el esférico terrestre.

Como el enfriamiento no era bastante poderoso áun para que todas las substancias gaseosas pasaran al estado líquido, había algunas que

1 Véanse los principales plutonistas, y entre ellos M. M. Hatton, Leopoldo de Buch, Becklañ etc. etc.

permanecían en suspensión en derredor del globo, formando una inmensa envoltura aeriforme ó atmósfera. Dicha envoltura tenía entonces una extensión tal, que probablemente alcanzaba hasta la luna, y contenía en estado de vapores, la masa enorme de las aguas que componen nuestros mares actuales, sin contar las materias reducibles al estado de gases, por efecto de una temperatura de 2,000 grados que reinaba entonces en la tierra. En el seno de esta formidable hoguera flotaban en pesadas nubes cantidades inmensas de substancias minerales metálicas ó térres, según el orden de sus respectivas densidades, que un día debían licuarse y depositarse en torno del núcleo del astro, al paso que fuera disminuyendo su incandescencia.

"Tal es el modo como giraba nuestro globo, en el espacio, arrastrando en pos de sí la ráfaga inflamada de su atmósfera múltiple, impropia para la vida é impenetrable todavía á los rayos del sol en derredor del cual trazaba su curva gigantesca (1)."

A fuerza de moverse en las regiones planetarias, cuya temperatura estima Laplace en 100

1 L. L. Figuier, Idem.

grados bajo cero, la tierra continúa enfriándose y toma en consecuencia una consistencia pastosa: al cabo de poco tiempo se producen en su superficie capas de substancia concretas que al ponerse en contacto se sueldan, como acontece al presente son los hielos de los mares polares, que constituyen por su union bancos movibles. Paulatinamente la existencia de ese fenómeno opera la solidificacion total de la costa terrestre. Al presente el espesor de esa costra se evalúa en doce leguas; y como el radio medio terrestre es de 1584, resulta que la proporcion entre las partes concretas y las fluidas, representadas por el agua y por el fuego central equivale á la de una sutilísima hoja de papel que envolviera una naranja.

La primera corteza terrestre no podia resistir el oleaje de este océano de fuego interior, que alternativamente subia y bajaba, á impulsos del flujo y reflujo cotidianamente determinados por la atraccion de la luna y del sol. Imagínese si es posible las aberturas producidas en la corteza y el desbordamiento que por ellas se verificaba. Torrentes de materias líquidas levataban y hendian la costa terrestre. Por las bocas de esas inmensas simas brotaban oleadas de granito líquido, que solidificándose sobre la superficie,

vanian á formar las primeras montañas. Esas inyecciones de materias eruptivas que se abrían paso, al través de las grietas ó hendiduras del globo, atravesando los terrenos primitivos para cristalizar al cabo y endurecerse en la superficie, componen al presente nuestros preciosos criaderos de cobre, zinc, antimonio, plomo y otros metales. A veces las erupciones procedentes del interior de la tierra no se elevaban hasta el suelo exterior, y en este caso, el granito proveniente de la parte central llenaba las hendiduras sedimentarias, sin entreabrir las. De esta manera en la tierra perfectamente redonda y unida en un principio formáronse entumescencias, cavidades rugosidades y pliegues de enormes proporciones.

No por esto cesaban los progresos del enfriamiento, llegó un instante en que la temperatura del globo no fué bastante para mantener en estado de gas las masas de agua vaporizadas en su atmósfera, y entonces las cataratas cayeron sobre la corteza de nuestro planeta en diluvios de líquido hirviente. Convertidas otra vez en vapor al ponerse en contacto con ese ardentísimo hogar, remontábanse nuevamente á los límites superiores de la atmósfera, donde cafrándose en virtud de la irradiacion hacia las zonas

glaciales del espacio, despues de haberse de nuevo condensado, resolvíanse en otras lluvias que se precipitaban sobre el suelo. Este fenómeno extendiéndose y reproduciéndose por todas partes y durante largo tiempo, acabó por cubrir la tierra con cantidades de agua cada mayores. Cu nto tiempo duró este combate supremo entre el fuego y el agua, no puede determinarse: lo que sí se puede decir es que llegó un momento en que el planeta entero quedó sumergido y en que el Océano era universal. A partir de este instante comienza para nuestro globo un periodo, relativamente normal, interrumpido únicamente á grandes intervalos por las conmociones del fuego interior, oculto bajo una envoltura imperfectamente asegurada.

Indudablemente, durante un dilatado periodo de siglos, la corteza sólida de la tierra fué aumentando en espesor bajo la presión y las aglomeraciones producidas por las aguas cenagosas que la cubrían; mas con todo esto carecía de la consistencia necesaria para resistir á la fuerza expansiva de los gases contenidos en sus entrañas. Las olas de ese mar interior formado por el fuego central rompieron, nuevamente el suelo bajo el cual se hallaban aprisionadas y por medio de inmensas dislocaciones levantaron el

fondo de los mares en montañas esquistosas, cuya cima habia sido primitivamente bañada por las aguas.

Quede á otros el cuidado de evidenciar la verdad de esta teoría por las erupciones de los volcanes, el calor de los pozos artesianos, la elevada temperatura de las minas; y á otros, sobre todo, el enseñar de que manera, á consecuencia de esa doble accion del fuego y del agua se formaron los terrenos cristalizados, los sedimentarios, los eruptivos y las diversas extratificaciones. Por lo que á nosotros dice relacionamos ocupamos en apolojía y no en geología poética; y si hemos concedido la palabra durante tanto tiempo al plutonismo más autorizado, ha sido con el propósito de preguntarle:

¿En qué se opondrá á la fé esta grandiosa epopeya de los comienzos de la tierra? ¿Qué motivos pueden asistir al vulcanista más enamorado de su hipótesis, para no creer en un Criador ni en la Biblia? Hay más aún: cuando refiere las inenarrables preparaciones á que Dios sometió una sola de sus obras, ¿qué idea no ha de concebirse del poder infinito obrando en este inmenso laboratorio de inteligencias y de soles que se llama naturaleza? Y sobre todo ¿cómo desafiar en tal caso la justicia divina, y qué motivo hay

para reirse ora de los diluvios pasados, ora del infierno venidero, ya que bastaría al Señor del mundo con abrir algunos de los respiraderos inflamados, cuyos antros tan perfectamente describe la ciencia, para que brotara y cubriera la superficie de la tierra, el fuego que en su seno existe; cuando bastaría con que surgiera una cadena de montañas en el centro del Atlántico, para que echándose este sobre ambos hemisferios, ocuparan las aguas procelosas los lugares en que existen París y Nueva Yorck?

Después de los vulcanistas partidarios de un núcleo terrestre en estado de ignición, encontramos á los neptunianos que consideran los volcanes como fenómenos locales, provenientes de ciertas reacciones químicas y en manera alguna de una masa fluida ó incandescente comprimida en el seno de la tierra. Suponen estos que nuestro planeta estuvo completo en un principio por un líquido acuoso que tenía en disolución diversos elementos, que en virtud de la presión ó de diversas combinaciones químicas pasaron al estado sólido y constituyeron las rocas cristalinas y las diversas especies de rocas. De manera que así como en el vulcanismo, los granitos, los pórfidos, etc. fueron primitivamente masas en ebullición, impedidas de abajo

arriba, solidificadas en la superficie; según el neptunismo esos productos fueron depósitos acuosos précipitados de arriba abajo y transformados en el fondo de un mar sin límites. Esta teoría echa mano de explicaciones muy especiosas para los terrenos, las aguas termales, los fenómenos volcánicos y otros misterios de la naturaleza. En Alemania se le ha dado el nombre de teoría química, en contraposición de la sostenida por los vulcanistas que lleva el nombre de física; y cuenta entre sus más entusiastas defensores al sábio fundador de la geología allende el Rhin, Abraham Gottlieb Werner. Después de haber caído en descrédito durante algunos años, ha encontrado nuevo apoyo en los trabajos de Bischof, Otto Volger, Nepomuceno, de Fuchs, Schaffaütl, y Andrés Wagner. Finalmente, si entre los sabios goza ménos crédito que su rival, abriga la pretensión de merecer mayores simpatías de parte de los exegetas que, según la Biblia, explican la formación de la tierra según el procedimiento neptuniano.

Por supuesto que esta no pasa de ser una pretensión que carece de fundamento, hasta el punto de creernos obligados á protestar de ella en nombre de la Biblia, puesto que Moisés no

resuelve en manera alguna la cuestión entre neptunianos y vulcanistas, sino que se limita á decir que llegó un momento en que la tierra se hallaba sumergida dentro de las aguas, hecho respecto del cual están conformes las dos opiniones. Si no menciona la influencia del agente igneo en la formación del globo, proviene de que dá una enseñanza religiosa, y no una lección de geología. Por lo demás, la Escritura llena al parecer esta laguna, ora anunciándonos que el *siglo será juzgado por el fuego*, ora prediciendo que tanto cuanto se eleven las aguas del diluvio, otro tanto se elevarán las llamas en el último día.

Escritas estas líneas que preceden siento impulsos de borrarlas, temeroso de conceder al Espíritu Santo las apariencias de un color ó de una preferencia en favor de determinadas cuestiones científicas, y para que no pueda decirse como de Andrés Wagner, que abusó de los derechos que tenía sobre los sagrados textos, al sentar que «con el geólogo más antiguo del mundo, Moisés, y con otro sabio de la antigüedad dotado de una capacidad poco común, San Pedro, el neptunismo reconoce que la tierra procede del agua, y ha sido formada dentro del agua por la palabra

de Dios, opinion que puede justificar científicamente (1).»

El neptunismo cumpliría como debe no mezclando en este asunto á Moisés ni á San Pedro, á quienes, por lo demás, califica, con la mayor impropiedad que pueda imaginarse, de geólogo más antiguo del mundo, y de hombre de capacidad poco común. Su capacidad, lo mismo la de este que la de aquel, fué un don sobrenatural, que solo á las cosas sobrenaturales alcanzaba, de suerte que el invocarla en apoyo de determinada opinion, en disputas de escuela, es más bien exceso de fé, arguye falta de respeto. Cuando el teólogo Keerl, comparando por su parte el vulcanismo al sistema de Cópernico insinúa que el segundo no ha sido condenado; pero que debería serlo el primero, fundándose en que San Pedro afirma que la tierra salió del agua, el teólogo achaca San Pedro una intencion que jamás tuvo, un aserto que jamás emitió, por lo ménos en un sentido absoluto, y sobre todo una doctrina científica de la cual en tiempo alguno hizo profesion (2).»

1 Historia del mundo primitivo.

2 Historia de la Creacion.

Hay más aún: no contento este exegeta con falsificar el pensamiento de San Pedro, desnaturaliza el Génesis cuando escribe: «La Escritura coloca en el día tercero la formación de las montañas,» puesto que la Escritura no contiene palabra alguna en apoyo de semejante fantasía. Lo que nos dice es, que en el día referido las aguas fueron separadas de la tierra, y que la *seca* pareció, mas no que las desigualdades del suelo hayan sido producidas al propio tiempo que quedaron puestas al descubierto. Importa pues que los sistemas se resuelvan de una vez á ceñirse en sus justos límites; y á solicitar de la Escritura más estricta neutralidad, si neutralmente la tratan; pero en ningún modo la conivencia, aun cuando sean á ella favorables. Si no lograron entenderse ni ponerse de acuerdo, allá se las hayan, nosotros no hemos de intervenir, sobre todo teniendo en cuenta que en esta contienda, como en muchas otras, la verdad podría muy bien hallarse en el medio, ya que los vulcanistas han menester del apoyo de los neptunianos ántes de llegar al fin, puesto que según su propia opinión, los terrenos estratificados, cuando ménos, proceden de los precipitados acuosos. En resumen, resuélvase la victoria en favor de Vulcano, decidase en provecho de Nep-

tuno, poco nos importa, con tal que redunde en mayor honra y gloria del supremo Hacedor.

Estas dos grandes familias de geólogos se subdividen en muchas otras, respecto de las cuales el dógma católico es no ménos liberal, teniendo este poco ó nada que temer de ellas. Y esto no debe causarnos la menor extrañeza: lo que sería verdaderamente extraño y hasta incomprendible es que despues de haber resistido durante tanto tiempo á los asaltos de todas las ciencias y de todas las pasiones, que las más de las veces viene á ser una misma cosa, el cristianismo viniese á quedar confundido por sesenta años de vaguidos geológicos. Podrá decirse, «la historia primitiva de la tierra se encuentra en la tierra escrita en su corteza, y la geología es la única capaz de descifrar los caracteres en que dicha crónica se halla escrita (1),» pues á tan orgullosa pretension, no faltará quien conteste, dando la siguiente leccion de modestia. «La narracion geológica constituye una historia de la tierra escrita en un dialecto que cambia sin cesar, y del cual únicamente conocemos la última parte, aplicable á dos ó tres páginas: deci-

1 Volgt. Tratado de geología.